

LA LANZADERA DE MARIO ESCOBAR VELÁSQUEZ

Jairo Morales Henao



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

II

Pero acontecimientos posteriores demostraron no solo que, de ser cierta, la tolerancia no era la misma en los demás directivos de Coltejer, que la que he-

mos supuesto o señalado en su Presidente de entonces, Carlos J. Echavarría. Porque como ha quedado claro en nuestro seguimiento, que al entonces novel autor Mario Escobar Velásquez, director de *Lanzadera*, se le iba la mano en el espacio dedicado a la literatura, se le iba. Afortunadamente para la literatura, decimos nosotros, porque *Lanzadera* se constituyó entre 1950 y 1956 en un capítulo de la literatura antioqueña y en un aparte a tener en cuenta en las publicaciones periódicas de la literatura colombiana, como ya lo dijimos; y también porque fue crisol donde se afianzó la vocación de un destacado narrador colombiano, fragua donde pudo desplegar sus búsquedas temáticas y estilísticas iniciales.

Pero esa manera de mirar las cosas, no se correspondió, en el caso que estudiamos, con la del

empresario Rodrigo Uribe Echavarría, a quien atribuimos –según datos que traeremos a cuento– y no a Carlos J. Echavarría¹, la decisión de cambiar el carácter de *Lanzadera* porque si bien el retiro de este de la dirección de la empresa se produjo en 1961, año en que se eligió como Presidente a aquél, en sus primeras apariciones como revista mensual, la figura empresarial que aparece públicamente en sus páginas como liderando ese cambio es Rodrigo Uribe Echavarría.

Ya con su retiro en el horizonte, es casi seguro que “Don Carlos J.” dejó hacer con *Lanzadera* a quien venía enfilado para remplazarlo, convencido de que tenían razón quienes habían decidido que aquello había que cambiarlo, que la publicación necesitaba un vuelco que le restituyera su condición de revista empresarial, despojándola de su carácter predominantemente literario.

Fue así que el 7 de enero de

1956, en la entrega número 356 se anuncia: “La próxima, última edición de “*Lanzadera*” como periódico”. Se precisa su *reemplazo* por una publicación tipo revista en la que las directivas han decidido fusionar los dos medios escritos que edita la empresa: *Lanzadera* y *Heraldo de Coltejer*, de circulación interna.

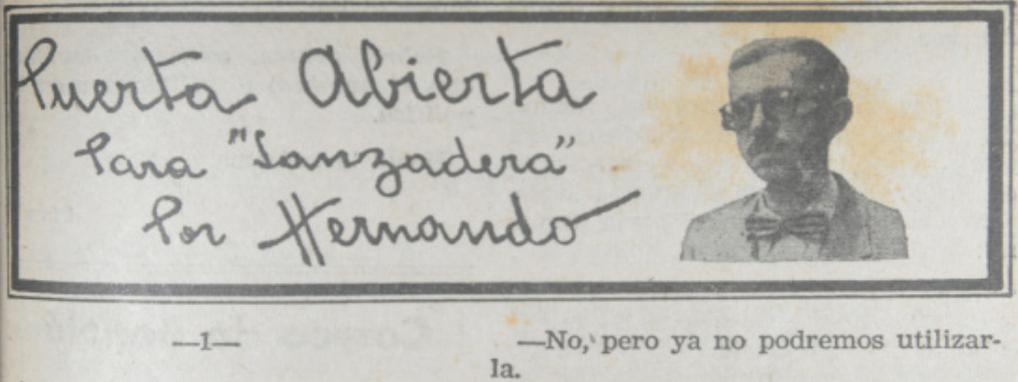
Se hace explícito en este editorial el papel de Rodrigo Uribe Echavarría en el cambio: “Coltejer, la empresa a la cual pertenecemos, ha creado recientemente el Departamento de Relaciones Públicas, Departamento que ha sido puesto bajo la dirección de la señorita Lucía Molina Vélez, y bajo la tutela del doctor Rodrigo Uribe, subgerente de la Compañía...”. Y se aclara que la periodicidad de la revista, que conservará el nombre de *Lanzadera*, será mensual.

En cuanto a su orientación –y aquí si no es posible afirmar si se trata de un compromiso explícito y verbal o escrito del subgeren-

¹Como se verá en la narración del conflicto de que se ocupa este artículo, la conducta de Rodrigo Uribe Echavarría no fue paradójica: su perfil de empresario culto, muy representativo de la élite industrial antioqueña de entonces, pudo hacerlo aparecer como contradictorio en su decisión de convertir *Lanzadera* en una revista netamente empresarial, si se la coteja con hechos sobresalientes de su vida como hombre de cultura: en 1969 fundó la magnífica revista cultural *Colombia Ilustrada*, editada por la empresa, y por completo una publicación cultural de altísima calidad editorial que se publicó hasta 1973; su respaldo total a las tres bienales de arte de Coltejer (1968, 1970, 1972), y la gestión que hizo siendo gobernador de Antioquia entre los años 1978 y 1980 para que nos visitara el poeta Mario Benedetti, muy popular por entonces entre la juventud, tres acontecimientos más que suficientes para definirlo como hombre de cultura. Pero este perfil indudable no anulaba el de haberlo sido también de empresa, y como tal actuó en la coyuntura de que nos ocupamos, lo que tampoco despoja de validez a nuestra simpatía por el entonces jovencísimo escritor Mario Escobar Velásquez director de *Lanzadera* entre 1950 y 1956.

Medellín, febrero 27 de 1954

L A N Z A D E R A



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

te y de la directora del Departamento de Relaciones Públicas, o una expectativa subjetiva del aún Director del semanario— dice el editorial: “Cuando decimos que se refundirá en una las dos publicaciones, queremos significar que se tomará de ambas lo mejor...”. En el siguiente número, el último, y el artículo de primera páginas, se reafirma esa promesa de conservación parcial: “se tomará de ambas lo mejor”: “Entre otras, y como se dijo, el Departamento de Relaciones Públicas ha refundido en una sola publicación a *Heraldo de Coltejer* y a *Lanzadera*, conservando este último nombre (...) la cual, teniendo secciones que fueron en las publicaciones anteriores del agrado de los lectores, adicionará

otras nuevas...”. Y el último editorial como semanario lo enfatiza: “... pues la Revista, que aparecerá a fines de febrero por primera vez, será una publicación por lo alto que abarcará viejas secciones del periódico y tendrá otras nuevas destinadas a finalidades de mérito” (sn). La promesa abarcaba en parte al equipo de viejos colaboradores permanentes mientras fue semanario: “Por lo demás, tendrá *Lanzadera* colaboración de trabajadores que ya nos la han prestado, y ampliará seguramente a nuevas personas el carácter de ‘colaborador’, leemos en el artículo ya citado de la entrega 356. Retengamos lo de “ampliará”.

Dando comienzo a una nueva numeración, “N° 1. Vol. 1”, en mar-

zo de 1956 aparece la primera entrega de *Lanzadera* como revista. La hojeada más distraída te sacude.

El cambio era total. Mucho más que lo dicho en los anuncios tímidos que acabamos de citar. En cuanto contenido, la revista pasa a ser gráfica en lo fundamental. Fotos con notas de pie de foto como presencia central de la palabra escrita. En ese primer número se publican como artículos principales uno, muy pío, y hasta acompañado de una oración, sobre el Papa en ejercicio, Pío XII, acompañado con tres fotos de buen tamaño; el segundo, titulado "Industria Nacional", se ocupa de difundir la existencia de una empresa que para ese momento contaba con ocho años de funcionamiento: Manufacturas Caribú Limitada, una página de texto desplegada en dos de la revista y apoyado en seis fotos, y "Yo quiero aprender", ilustrado con viñetas coloreadas en las márgenes, y cuyo tema es "Las escuelas gratuitas que mantiene Coltejer para los hijos de sus trabajadores", un elogio del deseo y la necesidad de estudiar, muy bien redactado y dentro de un horizonte sencillo, coloquial, bordeando la puerilidad, sin firma responsable



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

pero atribuible a Mario Escobar Velásquez por ciertas referencias citadas, y que de mucho texto anterior le conocíamos como de su horizonte cultural.

Aparecen secciones nuevas como "Historia de un mes" y "Noticiero Coltejer", son fotos acompañadas con pies de fotos. La sección de deportes, tradicional en el semanario, se transforma en fundamentalmente gráfica. También lo es una nueva: "Así son nuestros niños" (hijos de obreros y empleados, cuyo título hace prescindible cualquier explicación, y que tuvo mucho éxito, como que se hizo fija). Sobrevive una de las

secciones tradicionales, aunque algo aligerada de la extensión y la densidad académica que la habían caracterizado: “Aquí le contestamos”, y continúa a cargo de Escobar Velásquez. Pero simultáneamente sale en ese primer número “Trama y urdimbre”, a cargo de Luis Arango Uribe, columna con el mismo corte de preguntas y respuestas, pero mucho más ligera en su contenido (esto no era casual, desde luego, sino una hábil jugada de ajedrez que apuntaba a la larga al *reemplazo* de la primera por la segunda).

Se le concede mayor amplitud a temas o columnas que venían de antes, como “Evite accidentes” y surgen algunas nuevas, fijas, unas, como “Compra y venta”, otras, no, como “Usos de los destornilladores”. Ilustrados con esquemas y dibujos tipo caricatura. Y una verdadera novedad para la época: fotos de una telenovela que emitía Sedeco los martes a las ocho de la noche.

Pero hubo más en ese cambio, algo definitivo y que tuvo que sacudir a Escobar Velásquez de arriba abajo: lo que podríamos llamar su equipo editorial central de colaboradores en el semanario, fue hecho a un lado por comple-

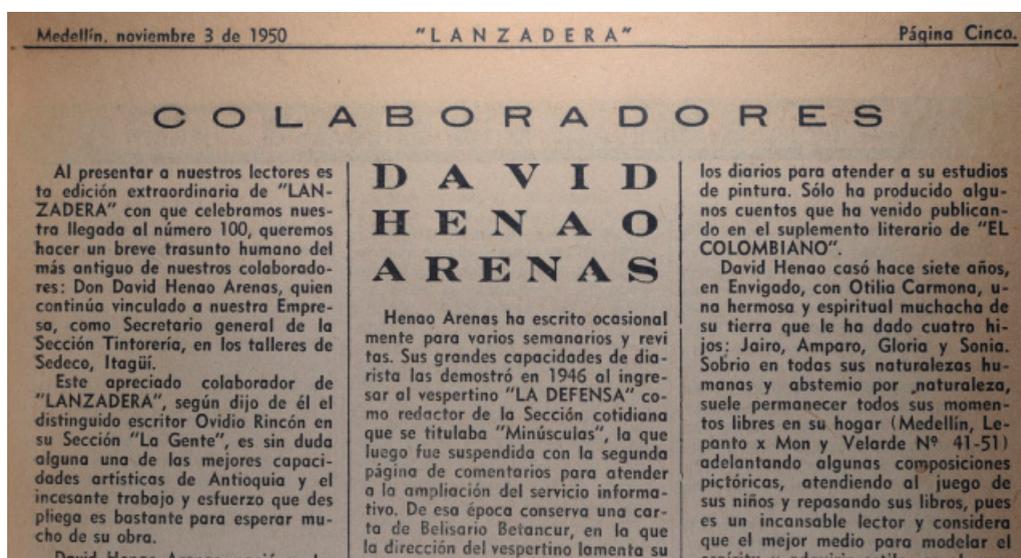
to, excepto el anterior Director, que es nombrado “Redactor en Jefe”. Del viejo equipo de colaboradores (aquellos que conformaban lo que pudiéramos llamar segunda plana) se mantiene solo a Ricardo Oquendo, Luis Arango Uribe, Luis Eduardo Castro, y Amelia Aranzazu, encargados de secciones informativas empresariales, de crónica ligera (Luis Arango Uribe) y formativas sobre el hogar, la conducta de la mujer, la crianza de los niños, mensajes para las secretarías, etc.

Entre ocho nuevos colaboradores, se conservaron cuatro de la planta anterior, que se mantuvieron por unos pocos años: ya para febrero de 1961 no quedaba sino el último de los nombrados. Pero ya en ese primer número de la revista no se mantuvo a ninguno de la avanzada literaria, repetimos, que hizo de esa publicación lo que anotamos antes: un periódico semanal sobre la vida de la Compañía, pero primordialmente literario.

Una transformación de esas proporciones no se improvisa en poco tiempo, se cocina lenta y concienzudamente. Y no precisamente con el director saliente –a quien se conserva como “Redac-

tor en Jefe” por su enorme capacidad de trabajo frente a una máquina de escribir—, hombro a hombro, de eso estoy seguro, sino a su espalda. Él nunca hubiera estado de acuerdo con una barrida total de la literatura de las páginas de *Lanzadera*. Como lo reseñamos atrás en este mismo texto, apoyándonos en unas citas de las dos últimas entregas 356 y 357 del semanario, se deduce que se le alimentó la esperanza de un espacio para la literatura bajo la promesa de “se mantendrán algunas secciones de la publicación anterior”, según escribió él mismo. Pero los hechos demostrarían que nada de eso se le cumplió, que él se dio a sí mismo un compás de espera, que cuando vio que aquello no ocurría y que no iba a ocurrir nunca, se retiró.

Imposible no detenerse en ese momento de la vida de Mario Escobar Velásquez para imaginar el ánimo con el que salió de la oficina de la subgerencia de Coltejer donde se le citó algún día de febrero de 1956 para exponerle lo que iba a ser la revista mensual. ¿Con qué cara les iría a decir a David Henao Arenas, Hernando Garcés Uribe, Tulio Salazar Osorio, Felipe Loaliza, Mario Franco, Francisco Restrepo Rojas y Diego Mendoza, que no iban más, que la subgerencia prescindía de ellos? ¿Qué iba a ser de él ahí sin el batir de las alas de los cuentos, poemas, crónicas, semblanzas, entrevistas y demás textos literarios, escritos por él y su equipo de escritores o tomados de los grandes autores que amaban y admiraban, rizando de



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

excitación con los comentarios a viva voz el aire de la sala de redacción de *Lanzadera* antes que sus dedos excitados pusieran a trepidar las máquinas de escribir en aquella oficina del Pasaje La Bastilla que les servía de sede? ¿Qué de los viernes (día en que en que se reclamaban las entregas aunque la fecha de edición impresa era del día sábado) cuando se dirigían rebotantes de contentura a la Tipografía Antioqueña a reclamar los ejemplares de esa semana? Porque aquel primer número de la publicación como revista mensual excluía a su equipo central de colaboradores y excluía también por completo a la literatura de sus páginas. Hasta se cambió el lugar para la impresión. La Tipografía Antioqueña no iría más porque las mejoras que se iban a tener en diseño, clase de papel, impresión de fotografías y policromías, exigían recurrir a una litografía moderna, trabajo que se encargó a Indulito.

Escobar Velásquez no tenía alternativa, era empleado de Coltejer. En un gesto a la vez noble e inteligente, en aquellas dos últimas entregas como director de *Lanzadera* llamó a continuar respaldándola, lo mismo que a su nueva directora, Lucía Molina Vélez. Su

creencia en la promesa de que se irían a conservar algunas de las secciones anteriores, fue lo que lo indujo, creo, a continuar vinculado a la publicación, aunque en la posición subordinada de Redactor en Jefe, apechando el trago amargo de ver que se prescindía de un tajo de sus colaboradores más cultos y acuciosos. Pero el tiempo pasaba y aquellas promesas no tenían cumplimiento. Más bien, de un número al siguiente, se acentuaba la línea del predominio gráfico y de información sobre la actividad social y estrictamente empresarial.

Surgieron así secciones nuevas como "Coltenoticias", donde se informaba de matrimonios, nacimientos, defunciones, aniversarios de servicio en la empresa, almuerzos y fiestas de empleados y trabajadores, etc.; "Etiqueta Masculina"; "Ocurrencias Coltejerianas" (anecdotario de corte humorístico); "Una cita con..." (entrevistas a obreros y empleados); "Compra y venta" (solicitud y ofrecimiento de distintos bienes de uso por parte de personas de la empresa interesados en adquirirlos o venderlos), y otras que, sin ser fijas, eran frecuentes, y tenían como temas entidades empresariales, tanto bancarias como

industriales, diferentes de Coltejer; la fábricas pertenecientes a la Compañía (donde se informaba de sus novedades) y el surgimiento de nuevas fábricas que también le pertenecían, como Coltehilos; dependencias específicas de Coltejer, como la Central de Hilos, el Instituto de Capacitación Textil o el Taller Central; renovaciones tecnológicas en distintas áreas de la producción, como la introducción de una caldera más moderna que la anterior, artículos todos de este sesgo de los que se ocupaba personalmente el Redactor en Jefe; pero también notas de viajes sobre lugares de interés en el país, como San Agustín y la zona esmeraldífera de Boyacá o la conquista del espacio, que comenzaba por entonces y que constituía por eso toda una novedad, y muchos otros temas sobre asuntos nacionales e internacionales. Todo ese material tenía que ser revisado, y corregido, si era el caso, por la Directora y el Redactor en Jefe. Pero el espacio para la literatura nada que aparecía. Ni un poema, ni un cuento, ni de personal de la empresa, ni de grandes autores, como había sido habitual.

Tuvo que recibir como regalo que lo emocionó el encargo de

escribir la historia de *Lanzadera* para el N° 18. Vol. II, de septiembre – octubre de 1957, dedicado a la celebración del cincuentenario de Coltejer. Es un artículo muy completo, escrito con placer evidente y magníficamente ilustrado por Antonio Echavarría. Utiliza el recurso de darle voz a la revista para que esta “cuente” su propia historia. La narra desde la aparición del primer medio impreso destinado a los trabajadores de la empresa y hecho por empleados vinculados a ella: *Ecos de Coltejer*, cuyo primer número es de marzo de 1937, con carácter de revista, dirigida por Antonio Casas Restrepo y fundada bajo la inspiración del entonces gerente Jorge Restrepo Uribe.

El balance de lo que fue *Lanzadera* bajo su dirección, entre el número 90 y el 357, lo hace en el mismo artículo en los siguientes términos, que sorprenden por una modestia relativa en absoluto común en él:

Fue en agosto de 1950 cuando don Mario me tomó de su mano. Aumentó a doce el número de páginas y me convirtió en un semanario que aparecía siempre. Me llevaría a completar 357 ediciones. Bajo su tutela logré un fuerte espíritu de orientación obrera. Propugné por el

adelanto espiritual de los trabajadores y di algunas normas de vida práctica. Tuve en ocasiones un instinto polémico y fui factor en algunas reformas introducidas al Servicio Social Obligatorio (...) Alguno de mis reportajes tuvo fama nacional y me llevé la palma con varias "chivas" que destacaron los diarios del país. Tuve además la vanidad de creermelo con alguna nombradía literaria (No se me sonroje, don Mario, al César lo que es del César...).

Se le perdona en la perspectiva del tiempo, más que el mal gusto de elogiarse a sí mismo, el hacerlo tan pobre y vagamente, tan de paso, de manera casi que escolar, vergonzante. Hipocritón e inexacto. Lo entendemos: estrenaba subordinación a la nueva directora, y esto, unido a la conciencia del trabajo enorme hecho por él y su equipo de colaboradores, es decir, presionado a no callar esto, optó por la salida mediocre que recoge el cierre de este párrafo: por la mala fe que lo riza. Insiste en el tópico sobre el que volvió una y otra vez en las últimas entregas del semanario, cuando estaba enterado del cambio que se avecinaba para *Lanzadera* y lo avisaba a sus lectores: "Bajo su tutela logré un fuerte espíritu de orientación obrera".

A lo largo del presente texto hemos demostrado con datos suficientes que bajo su dirección el semanario fue en un 65 – 70%, predominantemente literario. Eso no tiene discusión. La reiteración de su cantinela final, convertida en slogan, no da ni de lejos para borrar ese hecho. Inexacto porque lo preciso a decir era que bajo su incontenible pasión por la literatura –que irrumpió como un torrente ya desde su infancia, según lo palpa el lector más desaprensivo al leer novelas suyas como *Canto rodado* y *Música de aguas*– *Lanzadera* se transformó durante el quinquenio 1950 – 1955 en un capítulo destacado de nuestras publicaciones literarias periódicas, en escenario donde debutó o se agrupó una generación de escritores antioqueños con un perfil muy particular y que ha sido dejada de lado en los balances generacionales debido precisamente a que tal hecho, por decirlo así, se emboscó o camufló en el andamiaje, verdadero caballo de Troya para el caso, de una publicación empresarial, concebida y alentada como medio de difusión de las realizaciones económicas y sociales de Coltejer en el panorama de la industria nacional.



EL REGALO DEL CAMINO

Borracho de palabras soeces lo acogió la calleja. Arreando la noche que se iba su figura parecía regar en los campos un nuevo amanecer, tan pálido estaba. La mendacidad de la pena ponía en sus manos un temblor desesperado que le hacía atar, romper, desanudar una angustia hecha cuerda de amargura en sus manos, en tanto que el llanto, que en ondas llegóse luego, como un vino añejo le ofuscaba la vista y hacía saltar y retorcerse como su dolor la senda que rompía la mañana, mientras todo lo que sufría cantaba incansable como un disco de hasta: ¡Mendigo de cariño, marcha sin tu pérdida riqueza de felicidad! Ahrás, quedaba, trizada, rota, su postrera ilusión. Se iba de nuevo a los caminos...

Un año apenas de felicidad se hizo fruto en sus cuarenta de vida. Al arribo del cariño de su Fanny se aculejó la planta que holló el polvo de todos los caminos montañeros. Ellos le llevaron de una parte a otra y estuvo tanto en Nariño como en Bolívar. Desde los quince años se dió tan pródigamente a los caminos

taña con tanta fuerza como estaba el árbol frondoso que aprendió a querer como algo íntimo porque a su sombra nacieron los besos con la tarde. En el lago verde mate de unos ojos se ahogó su afán trahumante y entonces sólo a "ella" la pudo querer más que a los caminos. "¡Carajo, no me dolió colgar los alpargates!" Casi no hubo palabras entre los dos porque sus corazones montañeros rimaban los mismos anhelos y el amor nació entero, de repente, en una sola mirada. El dinero escaso que llevaba anudado a las vueltas del pañuelo se trocó en apenas tres pendientes hectáreas de humus negro.

"La Alegría" fue el mote que ella, a petición suya, en rectas letras puso en la encajada pared de la casita que él levantó con sus propias manos, cobijada en la frescura del árbol que propició en antes sus besos y que arroparía en breve su felicidad. Y él, poeta campesino en el sentir, podía ahora palpar en la imaginación de los días por llegar, la tranquila felicidad q' hasta entonces creyera tan imposible como el describir la emoción que le ensancha-

en los caminos de la tarde, pero que no podía, ni quería, como poeta que era, precisar. En ella nacía con cada amanecer, un nuevo matiz del amor sin afán, que pide, quien, como él, sabía comprender que el amor de verdad enreda sus raíces en el alma y nace de más hondo que de la premura de la carne. El amor que cultivaban se traducía muy fácil cuando las manos de ella, rudas en veces porque así lo quiso su crecer en el campo, eran ternura leda en el tejido que había de arropar al hijo: en el brillo que tenían sus ojos, cuando él, sin más ayuda que el filo de su machete, daba forma de cuna a las tablas que llegaron con manzanas del exterior y marcara por poco en un almacén de la ciudad. Sin comprenderlo plenamente, él sabía que esposa era paz, y amor e hijo una sola raíz. "fue entonces que aprendí que la felicidad también duele y de contento cria muchas veces que yo no era yo".

Y así, feliz, "sin que jalara pal camino la pata", como me contaba mientras atrás quedaba la senda, "doce meses se enriedaron el tien-

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

Como veremos luego, dos hechos, con un lapso considerable entre ellos, delatan que en esa situación había, hubo, una contradicción respecto de la cual las dos partes fueron más que conscientes, pero que prefirieron no abrir a un debate público sino, de parte de la Compañía, resolver aquella diferencia por la vía de los hechos, y de parte de Escobar Velásquez, aplicarse al dicho aquel: "Al mal tiempo, buena cara". La empresa hizo lo que debía y como debía: cambiar sin ambigüedades, sin términos medios, el carácter de su publicación, imponiendo su línea

de la manera como lo hemos narrado. Escobar Velásquez no tenía alternativa inteligente distinta a la que tomó: la aceptación de un cambio que excluía todo espacio para la literatura en las páginas de la revista *Lanzadera* –gesto que se rubricaba de entrada prescindiendo del grupo de escritores que lo había acompañado–.

En términos más claros: la empresa recuperó para sí plenamente su publicación y como compañía industrial, como gran industria nacional que era, estaba en todo su derecho y obligación de hacerlo.

Pero nuestro corazón está con la

aventura literaria de Mario Escobar Velásquez, con sus argucias de Odiseo astuto, con su golpe de estado de cinco años en el timón de *Lanzadera*. Es un hecho para la literatura y eso es lo que cuenta. Lo otro es historia de la empresa, también importante, en su plano.

En el N° 48 – Vol. II, correspondiente a febrero de 1961, el artículo que celebra los 5 años de *Lanzadera* como revista mensual, trae una cronología por años (1956 – 1960), que comienza el párrafo relativo al año 1959 con esta información: “Al iniciarse el año, Mario Escobar y Javier López se retiran de la redacción de la revista (3 y 1 años de servicio respectivamente), el primero para pasar a ocupar otra posición en Coltejer...”. En julio de 1960, en “Carta Abierta”, título del editorial en cada revista, leemos esta declaración, sorprendente y no, pero sí muy dicente y decisiva: “*Lanzadera* no es una revista literaria, ni Coltejer es una empresa editorial dedicada a la publicación de una revista. La Compañía produce telas y como parte de sus obligaciones patronales, considera de importancia sostener una publicación que le sirva de órgano de divulgación interna de sus intereses, y estre-

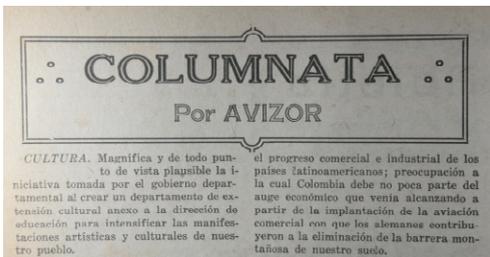
che el vínculo de amistad entre todos los trabajadores”. Tajante. “Más claro no canta un gallo”. Y, desde luego, no podía ser un hecho gratuito. Era una respuesta a un reclamo de cierta proporción, seguramente no masivo ni grave, pero sí lo bastante importante para las directivas de la empresa como para merecer aquel pronunciamiento oficial y público.

El contenido de esa “Carta Abierta” evidencia con toda claridad un descontento que se hizo reclamo: algunas personas añoraban lo suficiente los contenidos literarios del quinquenio cuando *Lanzadera* había sido dirigido por Mario Escobar Velásquez, como para manifestarlo y hacerlo conocer por las directivas de la empresa. Qué fuerza llegó a tener esa protesta, qué cuerpo adoptó, si de escrito anónimo o firmado (una carta abierta suscrita por varias personas y dirigida a la dirección de la revista o puesta a circular en forma abierta) es algo que no estamos en condiciones de precisar, pero lo que cuenta es que ocurrió: aquella “calma chicha” desde el cambio en la publicación cuatro años antes, se rompió con esa agitación, y revela que tal calma tuvo mucho de apariencia,

de pacto cortés pero no bien visto por completo por la parte a la que afectó principalmente: Escobar Velásquez y el equipo de escritores que le había dado el carácter previo a aquel órgano de Coltejer.

Tampoco se puede descartar en esa “revuelta” la presencia de lectores, externos y de la empresa, que habían disfrutado los cuentos, poemas y las diversas expresiones literarias que habían ocupado con generosidad las páginas de *Lanzadera* entre agosto de 1950 y enero de 1956.

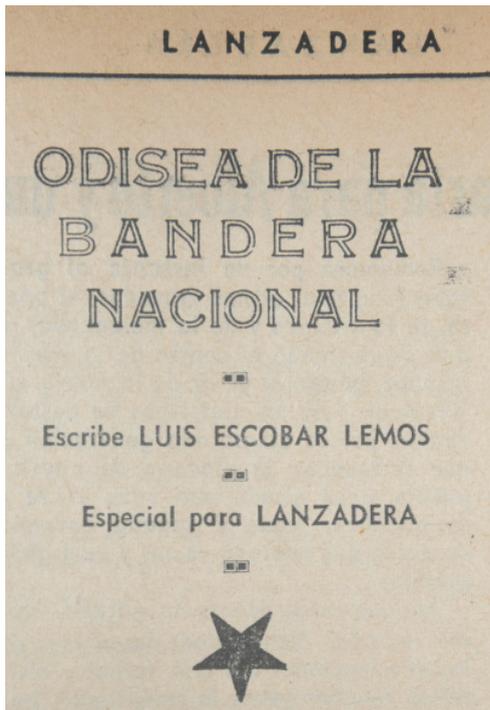
Debemos agregar que la energía del pronunciamiento empresarial sugiere que la expresión de ese reclamo no se hizo de manera abierta, oral o escrita, ante sus directivas, sino que reptó hasta sus



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing puertas con el traje del rumor, la conseja, la especie, el chisme, pero lo suficientemente comprobado su realidad y origen cierto en personas de carne y hueso y con un grado de influencia con peso en el espacio mental de algunos obre-

ros y empleados –espacio ganado en años de trabajo, y no solo en la escritura sino en otros ámbitos de realizaciones culturales y educativas que beneficiaron a los trabajadores, como lo hemos reseñado aquí–, seguramente no de temer pero tampoco de despreciar, como para haber decidido pronunciarse de aquella manera.

No es una arbitrariedad suponer a Escobar Velásquez y su grupo más fiel de colaboradores promoviendo ese descontento. Lo doy por seguro. Recordemos que para julio de 1960, fecha del editorial donde los dueños de la empresa reafirmaban el papel de su medio de difusión, sin dejar resquicio alguno para pensar que se podrían abrir de nuevo sus puertas algún día para el regreso de la literatura, Escobar Velásquez llevaba año y medio por fuera de *Lanzadera* y tres por fuera de Coltejer. Se puede leer como una reiteración, con su sesgo de venganza, tanto el editorial del N° 48, donde aparece el artículo, ya mencionado, en el que se celebran los 5 años de *Lanzadera* como revista, como el artículo, que se limita a su entonces aún corta etapa como revista mensual y en absoluto hace mención de aquella como semanario. En “Carta Abier-



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

ta” se recuerda únicamente el editorial escrito por las fundadoras y publicado en el primer número en septiembre de 1944, donde se esboza en estos términos el por qué y el para qué de la publicación, su sentido: “Muchos de los trabajadores de una fábrica no conocen ni de vista al personal de la otra. Y sin embargo todos están contribuyendo (...) a este esfuerzo titánico de la industria nacional que ha hecho de nuestra empresa la más grande en textiles con que cuenta Colombia/ Por ello hay una verdadera comunidad de emociones. El matrimonio de un trabajador de

Coltejer debe ser conocido y celebrado por todos los empleados y obreros de la empresa. El niño que viene a la vida en el hogar de un trabajador de Coltejer debe sentir desde su primera hora que muchos millares de compañeros están unidos en su alegría familiar. Y la muerte de un ser querido debe llamar a condolencia a todos estos millares de caballeros y damas están empeñados en una sola y grande obra de trabajo. Este es el sencillo objeto que *Lanzadera* se propone”.

Hasta ahí la cita de ese viejo editorial primero. Ya de su cuenta, el editorial de ese número 48 agrega: “Pero la razón de ser que la anima (a la revista), los fines que se propone y su principal contenido siguen siendo los mismos de hace dieciséis años y medio. Por eso ahora, al cumplir su revista cinco años de publicación, no hemos encontrado mejor manera de expresar nuestras aspiraciones que reexponiendo las de sus fundadoras. Ellas nos han servido de pauta y su benevolencia, compañero de Coltejer, ha sido nuestro estímulo/ Nos reafirmamos en la una y confiamos seguir contando con la otra”. La fresa que coronaba el pastel. En estas conside-

raciones riela paralelamente una afirmación implícita: el *Lanzadera* que dirigió Mario Escobar Velásquez encarnó una desviación de esa filosofía. Por eso mismo no es fortuito que en este número de celebración de los 5 años de la revista mensual *Lanzadera*, con reproducción a color de todas las carátulas impresas en ese quinquenio en una especie de montaje tipo collage, se silencie su pasado inmediato como semanario.

Esta actitud difería, más claro: era opuesta a la mostrada por Escobar Velásquez cuatro años antes, en el número que celebraba los 50 años de Coltejer, cuando en su reseña histórica de la publicación le hace justicia a sus diferentes etapas, respectivos directores y colaboradores, desde el ya lejano y fundador *Ecos de Coltejer*, del año 1937, hasta ese presente ya como revista mensual en el que escribía. Apenas seis meses escasos separaban esta celebración de los 5 años de la revista del editorial de julio de 1960, donde se reafirmó el carácter empresarial, en absoluto literario, de *Lanzadera*.

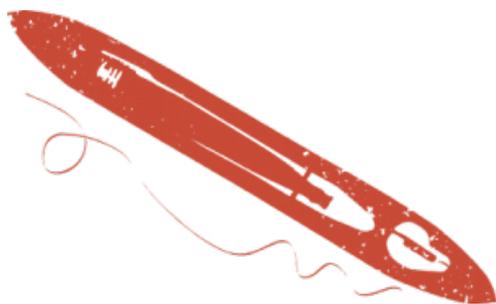
Muchos años después de este incidente se produjo el segundo hecho que pone de presente la realidad y agudeza del conflicto

entre las dos concepciones sobre el contenido de *Lanzadera*, detenidas, de un lado, por la directiva empresarial, y del otro por Mario Escobar Velásquez y el grupo de colaboradores que trabajó con él mientras fue director de la publicación, y muestra que en el momento de operarse el cambio de orientación en marzo de 1956, los dos polos, no aplazaron sino que ocultaron esa diferencia y en sus conducta pública expresa hicieron como si todo se hubiera resuelto dentro del más común acuerdo.

Aproximadamente 30 años después de esos hechos, cuando ya Escobar Velásquez era un autor de cierto reconocimiento nacional, como que se había ganado un premio de novela y publicado cuatro novelas en diferentes sellos editoriales, entre ellos Plaza y Janés, ocurrió la aparición, mencionada al comienzo de este texto, de Mario Escobar Velásquez en la Sala Antioquia de la Biblioteca Pública Piloto, con los volúmenes encuadernados de *Lanzadera* para donarlos y poner así aquella publicación al alcance del público de investigadores.

Lo que queremos relieves es este hecho: los cuatro volúmenes contenían estrictamente solo los

números editados bajo su dirección, pudiendo perfectamente haber incluido los ejemplares de la revista impresas entre marzo de 1956 y enero o febrero de 1959, cuando se separó de la publicación en ejercicio de su cargo como Redactor en Jefe, al que había sido destinado cuando se le removió de la dirección de ella. El hecho habla solo. Nos entregó la *Lanzadera* que vivió como suya, de la que se sintió afecto por completo entre el



número 90, de agosto de 1950, y el 357, de enero de 1956, cuando entregó la dirección. Que llegara a esa sección de la *Piloto* una colección de lo que sobrevivió –con interrupciones de años o meses– como revista mensual coltejeriana hasta 1971–, lo confió al azar, a otras manos probables.

Pero aunque a ellos, los protagonistas de la historia que hemos reseñado en estas páginas, no dejó de afectarlos en su momento lo que no pudieron dejar de vivir

como un drama, puesto que los tocaba como hombres de cultura y de empresa que eran, hoy el tiempo ha nivelado las cosas, haciendo de ese enfrentamiento un mosaico sin vencidos, donde cada cual se llevó su palma: la empresa, al retomar con toda razón y definitivamente en 1957 la orientación de *Lanzadera*, para encauzarla en unos límites empresariales que ya no conocerían alteraciones, y en una etapa de crecimiento de su industria, que en 20 años había pasado de 800 a 10.000 obreros; y Mario Escobar Velásquez obtuvo lo suyo: nadando entre dos aguas, la empresarial y la literatura, hizo de *Lanzadera*, como dijimos, un aparte sobresaliente de la literatura antioqueña y colombiana, un capítulo de nuestras publicaciones literarias periódicas, y una realización profundamente personal, pues, como lo hemos rastreado en sus novelas autobiográficas donde deriva la infancia, desde su niñez de lector que devoraba cuanto impreso se ponía al alcance de sus manos en *Támesis*, *Jericó* y *Pereira*, dio comienzo a la afición de hacer libros artificiales, “de pegotes”, como los llamó, recortando textos e imágenes de revistas y periódicos para pegar-

los sobre cuadernos o libretas ya utilizados, a los que daba así una vida nueva, forma iniciática (utilizamos esta palabra con completa conciencia de que es la más apropiada para el caso) que adoptó en él el sueño de hacer libros.

El arco de ese deseo buscó el encuentro futuro con *Lanzadera*, que nació cuando él había llegado apenas a los dieciséis años. Lo decimos desde la creencia que todo encuentro resultado del azar es una cita con el destino, como lo pensaban Borges y Nabokov, y también Lezama Lima cuando habló de “el azar concurrente”. Ese abrazo entre la publicación y el novelista futuro fue fecundante para los dos: *Lanzadera* adquirió de entrada un carácter semanal –y se sostuvo así por mientras él estuvo en la dirección– y una rica y vigorosa diversidad temática debidos al entusiasmo rebosante con el que Escobar Velásquez se puso al frente, no, desde luego, bajo la mentalidad convencional del empleado al que el patrón encarga de una tarea, sino con la del hombre que, comenzando apenas a vivir, no podía ver en el trabajo que se le encomendaba algo distinto a un presente de los dioses: era más, mucho más que lo que pudo soñar



Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur adipiscing elit, sed do eiusmod tempor incididunt ut labore et dolore magna aliqua.

de niño y adolescente sobre lo que podrían ser sus primeros pasos en su oficio de escritor, destino que traía ya esbozado con toda claridad desde sus entonces recientes años como maestro rural en San Joaquín, fracción de Pereira.

No se trataba del periódico o la revista de un grupo de escritores marginales a toda institucionalidad, del medio de una vanguardia literaria juvenil, universitaria o no, y casi siempre pobre de medios. Era el órgano de expresión y comunicación interna y externa de una empresa industrial destacada en el país y en expansión, lo que garantizaba un financiamiento seguro, en consecuencia estabilidad en la publicación, un tiraje

considerable con perspectiva de crecimiento, y unos mecanismos eficaces de distribución proporcionados por la estructura misma de la empresa.

No se le podía escapar que parte de las páginas habría que dedicarlas a problemáticas empresariales, y lo haría con gusto y de la mejor forma posible. Pero el diablillo literario que llevaba por dentro debía patear de gusto: hasta donde pudiera extendería la frontera de la literatura (leer buena literatura no podría sino traer cosas positivas para la formación intelectual y la sensibilidad de los obreros, juzgaba) para difundir todo lo valioso que había leído y leía, darle espacio a colaboradores talentosos, y, por supuesto, someter a la consideración de los lectores su propia producción, y adelantar con más asiduidad y compromiso sus búsquedas temáticas y estilísticas particulares, que ya venían de antes. Y todo esto lo hizo a plenitud.

Una aproximación seria a su obra y mucho más un estudio riguroso de ella, pasa por una lectura detenida de esos cuatro volúmenes con la *Lanzadera* que dirigió.

Por eso tampoco se lo puede llamar vencido en esa liza donde le

tocó ahuecar el ala y aceptar ese cambio drástico en los contenidos durante los tres años en que continuó como primer soldado de la revista. Y sin embargo...

Hay una foto...

que, sabedor ya de toda esta historia, me zarandé de bronca de arriba abajo, me pateó..., como decía Cantinflas: "Me dio coraje", porque durante y después de la historia y el incidente que hemos resumido y comentado, mi corazón estuvo siempre al lado del escritor de todas las horas que fue Mario Escobar Velásquez, desde su niñez hasta su muerte. Puedo decir que fue esa foto la que me hizo quebrar esta lanza a favor suyo, en la forma de un artículo que, en un principio, pensé iba a ser breve. Pero fue ese "coraje" el que me dio alas y me hizo seguir sin preocuparme por las páginas que se sucedían una tras otra.

Esa foto...

Aparece en el ya mencionado N° 18, de celebración del cincuentenario de Coltejer, en la página 27. En ella se ve a Rodrigo Uribe Echavarría, entonces Vicepresidente de la empresa, sentado ante su escritorio, de medio perfil a la cámara, y del otro lado se encuen-

tra, sentada en lo que parece un sofá, la Directora de *Lanzadera*, Lucía Molina Vélez, de frente a la cámara pero con el torso y la cabeza ligeramente vueltos hacia él. Viste un traje estilo sastre, luce joven, bonita y atenta, lleva el pelo corto, se adivina que es alta y de formas generosas. Sonríe ligeramente y sus ojos parecen mirar una libreta pequeña que sostiene entre las manos. Él le sonríe y la mira directamente. Es una sonrisa llena de complacencia consigo mismo, ufana, irradia la seguridad que pueden dar el dinero y el poder –que los tenía, obviamente–. Y hay más en esa sonrisa: hay una coquetería indudable, a la vez taimada y abierta. Y supongo que fue el Redactor en Jefe, no ella, quien exornó la foto con este pie: “La Directora, en periódicas conferencias con el Vicepresidente Rodrigo Uribe, sienta los temas de *Lanzadera*, para los cuales él da la tónica y dicta la política a seguir”.



N°25

BOLETÍN CULTURAL
Y BIBLIOGRÁFICO

ESCRITOS DESDE LA SALA